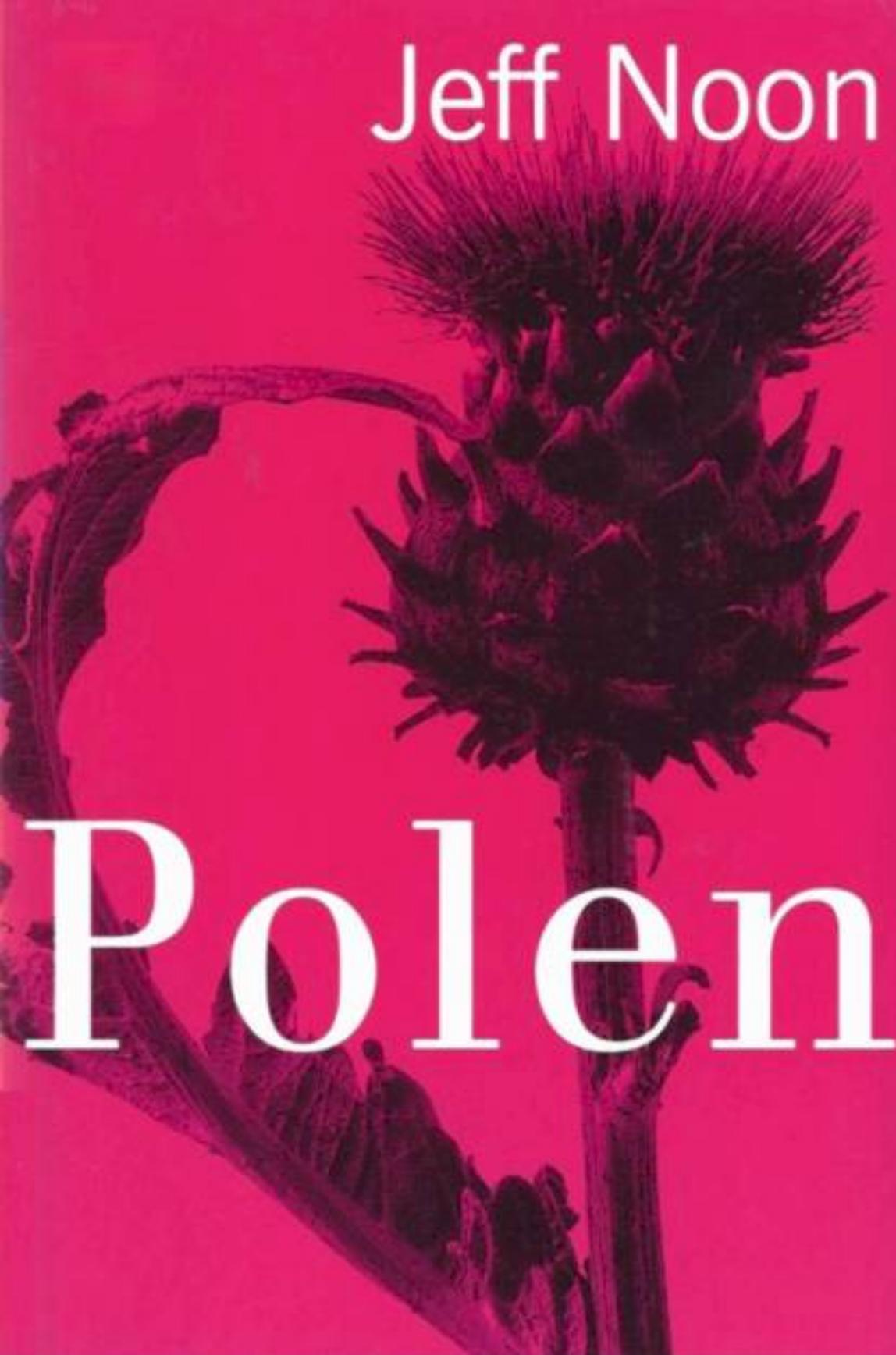


Jeff Noon



Polen

«Mi padre me dijo que yo viviría tantos años como granos de polvo me cupieran en una mano. Consecuentemente, he vivido hasta una edad tan avanzada que ahora, con el cuerpo estragado por el paso del tiempo y sin fuerzas, lo único que me queda es esta voz, esta sombra, esta compulsión de contar. De contar la historia de la nube de polen que descendería sobre la lluviosa ciudad de Manchester, de la epidemia de fiebre del heno que la sembraría de cadáveres, de las muertes que tal vez fueran asesinatos, y de la rebelión de mundos paralelos».

En su segunda novela, Jeff Noon nos sumerge de nuevo en el mundo onírico creado en Vurt.

*Para Julie*

## JOHN BARLEYCORN

*Había una vez tres hombres que salieron del oeste  
A probar fortuna  
Y aquellos tres hombres juraron solemnemente  
Que John Barleycorn debía morir.  
Habían cavado, habían sembrado, lo habían enterrado  
Habían arrojado terrones sobre su cabeza  
Y aquellos tres hombres juraron solemnemente  
Que John Barleycorn estaba muerto.  
Lo dejaron allí durante mucho tiempo  
Hasta que las lluvias cayeron del cielo  
Y brotó la cabeza del pequeño sir John  
Sorprendiéndolos a todos.  
Entonces contrataron a hombres con guadañas afiladas  
Para cortarle las rodillas  
Contrataron hombres con afiladas horcas  
Para que las utilizaran bárbaramente.  
Contrataron hombres con varas de azotar  
Para que le separaran la piel de los huesos  
Y el molinero aún lo trató peor  
Porque lo molió entre dos piedras.  
Y el pequeño sir John de la cerveza negra  
Y el whisky del vaso  
Y el pequeño sir John de la cerveza negra  
Demostró ser al fin el hombre más fuerte.*

Polen

Jeff Noon

Anónimo



## FRAGMENTO DE «LAS GUERRAS DEL ESPEJO», DE R. B. TSHIMOSA

Actualmente apenas queda ninguna duda de que uno de los descubrimientos más importantes del último siglo ha sido la capacidad de registrar sueños en un medio reproductor, una cinta biomagnética cubierta del líquido denominado *Fantasma*. La liberación de la psique, en su forma más avanzada, llegó a conocerse como Vurt. A través de las puertas del Vurt, la gente podía visitar sus propios sueños, o, algo más peligroso, visitar un sueño ajeno, el sueño de un desconocido.

Generalmente, se acepta que este «umbral entre la realidad y cualquier sueño» fue abierto por la amorfóloga «señora Hobart», pero los orígenes reales del Vurt y del método mediante el cual los humanos han viajado hasta allí (a través de las «plumas oníricas» que se introducían en la boca) quedarán envueltos en el misterio para siempre.

Gran parte de esta frustrante falta de conocimiento deriva de la propia naturaleza del Vurt, ya que el «mundo de los sueños» logró rápidamente tener vida propia. En general, los primeros pobladores de la Tierra ignoraban este aspecto de la invención. Fue precisamente este atributo del «autosueño» característico del mundo del Vurt lo que condujo finalmente a la serie de batallas que ahora conocemos como las guerras del espejo. Este libro intentará un análisis desapasionado de las terribles guerras libradas entre la realidad y el sueño, un conflicto en el que ambas partes sufrirían terribles pérdidas antes de que llegara a declararse un vencedor final.

Todas las grandes teorías sobre la guerra podrían reducirse a una simple manifestación de la codicia. De este modo, las criaturas del sueño, a medida que se hicieron más poderosas, empezaron a despreciar y mirar con desdén a los soñadores originales, a los que calificaban de meros «contadores de historias» del planeta Tierra. En efecto, las criaturas del sueño empezaron a ver su reino fantástico como un mundo aparte, el planeta Vurt. Los «virtuales» reivindicaban su independencia.

Un punto particularmente débil de la barrera entre la realidad y el sueño residía en el aire psíquico que rodeaba Manchester, una lluviosa ciudad situada al noroeste de Singlaterra (que en aquellos tiempos primitivos se conocía como «Inglaterra»). Fue en esa ciudad fabulada donde tuvo lugar el fenómeno conocido como *polinización*. Se cree que esta fue una de las primeras escaramuzas de las guerras del espejo...

## LUNES, 1 DE MAYO

Mi padre me dijo que yo viviría tantos años como granos de polvo me cupieran en una mano. Consecuentemente, he vivido hasta una edad tan avanzada que ahora, con el cuerpo estragado por el paso del tiempo y sin fuerzas, lo único que me queda es esta voz, esta sombra, esta compulsión de contar.

Me llamo Jones. Un simple regalo que contrastaba con el nombre de pila que mi padre me puso: Sibyl, Sibyl Jones. Nací con la maldición de los *Desconocidos*, y eso significa que nunca podría soñar. Imaginaos, una vida de sueño deshabitado, en la época en que el mundo entero era adicto a las plumas Vurt, el sueño compartido. La condición de los *Desconocidos* es un fallo genético; siempre habrá un seis por ciento de la población que sufra esa incapacidad. Los que podían soñar nos llamaban «los dodos», los pájaros que no volaban. Muchas veces, cuando era joven, veía la parte dodo de mi cuerpo como un río de líquido oscuro y estéril corriendo por mis venas. Otras veces sentía que un escarabajo negro y hambriento vivía en mi estómago, atiborrándose con mis sueños recién nacidos.

Esa era mi maldición. Las puertas del País de las Maravillas estaban cerradas para mí.

Mi salvación fue el regalo de la sombra, que me permitía acceder a los pensamientos de los demás. Yo era una tumbacabezas, una lectora de la mente, y vivía mi vida a distancia. Durante ciento cincuenta y dos años he vivido en ese estado, y el polvo llega a todas partes. Todos los orifi-

cios están obturados por el polvo. El mapa plegado de mi cerebro se ha convertido en un jardín de polvo flotando a la deriva.

Pero no siempre fue así.

En otro tiempo fui joven y jugosa, constantemente húmeda —ya fuera de sangre, de amor o de bebida—, pero eso importa poco. Tómenlo al pie de la letra: me estaba cobrando mi recompensa por la falta de sueño. Era una participante voluntaria en el flujo de la madurez, una víctima voluntaria de la biología. Pero, ah, el polvo llegó a mí antes que a la mayoría, y me hice vieja antes de tiempo —mi marido me abandonó por eso, mi hija también—, hasta que lo único que me quedaba era la urgencia de una justicia sin concretar. Me convertí en polisombra al servicio de la policía de Manchester, y ofrecí mi telepatía para sus interrogatorios. Y en aquellos tiempos todas las cosas estaban claras y bien establecidas; mi vida se convirtió en una larga cruzada contra el crimen y la traición, y por debajo rugía un río de alcohol, humo y soledad. Mi vida se volvió cómoda con su pauta de renuncia.

Muy pronto iría a la deriva.

Quiero contarte esta historia, hija mía, esta historia de fragmentos reunidos de Manchester: flores, perros y sueños y los mapas rotos del amor. Creo que ha llegado el momento. Tu madre morirá pronto, esta mujer de polvo en la que me he convertido. Por favor, escucha con atención. Esta es mi historia, tu historia; mi sombra, tu sombra; mi vida de aire a la deriva, mi libro sibilino, de sibila Sibyl...

Coyote era el mejor taxista de todos los tiempos. Había transportado a más gente a más kilómetros de distancia, a lugares más extraños, en épocas más extrañas, con menos disputas y menos mierda en el parabrisas, con giros más suaves de volante, movimientos más profundos en el mapa, con menos accidentes, menos desvíos erróneos, menos

quejas, menos devoluciones, por más atajos y rutas prohibidas y con más *gravitas*, por menos dinero y con más cicatrices que enseñar al final de los que ningún otro conductor pudiera imaginar.

Las dos de la madrugada menos dos minutos, 1 de mayo, el mundo revoloteaba a su alrededor; pájaros oscuros, alas tiznadas, campos negros y una luna ciega. Además, estaba a punto de empezar a llover. Una tormenta. Eso importaba poco: Coyote era un buen perro conductor y en aquel momento sus fauces babeaban ante la perspectiva de una succulenta carne, un buen pedazo, un gran músculo jugoso de dinero.

Carne y dinero: sueños gemelos, una forma de pagar las deudas.

Bien sabía Dios que Coyote tenía demasiadas. Deudas con el banquero, deudas con la justicia, deudas con la niña que vivía calle abajo. Él la llamaba su hija, una dulce niña que veía de vez en cuando, y cuya madre —la exmujer de Coyote— siempre le estaba pidiendo dinero. A Coyote no le importaba mucho pagar, de hecho le gustaba pagar; pero por el momento no tenía mucho dinero.

En todas partes, todo el mundo quería dinero.

Coyote también. Aunque no demasiado. Justo lo suficiente ya hubiera estado bien. Lo justo para pagar sus deudas y que le quedara algo para él. Tenía la idea de que tal vez algún día se dirigiría a la soleada Pleasureville, Villa Placer. Montaría un pequeño servicio de taxis allí, pondría una oficina y observaría cómo los viajes fluían en su sistema. Viendo la vida de un ser con pedigrí, para variar. Por primera vez en años, Coyote había empezado a pensar otra vez en el futuro. Si pudiera reunir algo de capital, reunir algunos huesos enterrados. Se había prometido no volver nunca al Limbo, pero aquella era una época mala para los buenos trayectos.

Ahora Coyote estaba esperando aquel sustancioso viaje contratado hacía dos días, con el horario y el lugar especifi-

cado hasta el último dígito; y con el acuerdo de cobrar en el punto de destino. Coyote sabía que la mayoría de los conductores corrientes insistían en cobrar por adelantado, pero él estaba anticuado. Por eso conducía un taxi negro. Incluso llevaba el taxímetro original, y le funcionaba. Modificado según sus propias especificaciones, claro, pero aun así, nadie usaba ya aquellos chismes. Coyote era *único* y estaba orgulloso de ello. El problema era que ser único implicaba a la larga sentirse solo.

La hora parpadeó ante él desde el reloj del salpicadero. Eran las 4:02 de la madrugada. El pasajero llegaba tarde. Nubes gruesas y cargadas empezaban a acumularse sobre la pista del páramo donde el taxi estaba aparcado, eran como las primeras agitaciones de un sueño húmedo, pero el pasajero seguía sin dar señales de vida. Coyote empezaba a ponerse nervioso. No era por la amenaza de lluvia; Coyote había llevado a pasajeros a través de huracanes. Tampoco era el mundo oscuro que lo rodeaba. De hecho, le gustaba la oscuridad. En aquellos tiempos, la mayoría de los recorridos eran ilegales, y la norma era que cuanto más oscuro, mejor. Se acercaba el amanecer, y si el pasajero no aparecía pronto, él renunciaría al viaje y punto. El tiempo era el principal enemigo de Coyote. El tiempo era el lugar donde habitaba la luz del día, y donde vivía la policía; sentados, gordos y desesperados, aguardando a que algún perro forastero como Coyote rebasara los límites de velocidad, quebrantara las reglas. Coyote había infringido las reglas otras veces —le gustaba infringirlas, esa era su misión en la vida—, pero un día que no tuvo cuidado lo habían pescado, y todavía estaba pagando la multa. Quería acabar de pagar la multa, esa era su parte humana. No era algo que quisiera repetir. El problema era que no podía evitar infringir las normas. Esa era su parte dalmata.

Coyote era una criatura mixta.

Apagó el cigarrillo de Napalm en el cenicero del salpicadero, cogió otro paquete de la guantera, salió del taxi,

rasgó la bolsa de plástico hermética con sus garras, encendió otro cigarrillo, se apoyó en el coche y observó la danza de las nubes durante un momento. A través de la penumbra, los oscuros marjales parecían moverse. Coyote estaba nervioso; era el único hombreperro en kilómetros a la redonda, y los zombis se reunían a su alrededor en los campos de la noche. Sabía que los pantanos del Limbo pertenecían a aquellos monstruos semimuertos, pero ahí era donde vivían los pasajeros importantes. ¿Iba a renunciar el mejor perro conductor a esa oportunidad? Se estremeció como si un montón de pulgas nerviosas le recorrieran la piel. De pronto, aquellos campos muertos eran demasiado para él. Necesitaba compañía humana, alguna voz. Entró en el taxi para encender el motor y luego puso la radio. Como de costumbre, sintonizó con la FM Nacional Can. Los saludables aullidos de los Can Jockeys y todos los discos que ponían, huesos cubiertos de azúcar cantados por dulces chicaperras, no se adaptaban a su estado de ánimo. Quería algo más humano, algo que apelara al lado humano de su espíritu. Apoyado en la ventanilla abierta del taxi resintonizó la radio hasta conectar con la emisora de Gumbo YaYa. Los momentos agonizantes de una canción muy vieja se transformaron en una voz lenta y profunda, tan reseca como la tierra que se extendía bajo los pies de Coyote...

—Era «John Barleycorn Must Die», de The Traffic, un poderoso himno *folk-rock* dedicado al poder regenerador de la Madre Tierra, que nos llega desde mil novecientos sesenta y nueve. Seguro que fue un buen año, y un bonito toque de flauta, ¿me seguís, tíos? Aquí tenéis al bueno de Gumbo empezando el nuevo día, primero de mayo, el día de la fertilidad, con el deseo de que ese John Barleycorn siga creciendo. Mientras mantenga sus polinizados dedos fuera de su vieja nariz de *hippy*. Son las cuatro y cuatro minutos, y el cómputo de polen de hoy nos llega en cuarenta y nueve granos por metro cúbico y se mantiene constante. Es el primer día de la estación del estornudo, así que Gum-

bo YaYa les dice a todos sus oyentes: Mantened las narices bien limpias. Enseguida llegan las noticias oficiales de Wanita-Wanita, además de todo el rollo que las autoridades no quieren que sepáis. Ya sabéis, por eso os gusta tanto Gumbo. Y ahora un excitante twist del sesenta y seis, «Are You Experienced», de Jimi Hendrix Experience. Toca tu amorosa guitarra para mí, Jimi... ¡YaYa!

Aquello funcionó. El sonido rasgado le dio a Coyote ganas de aullar. Gumbo YaYa era un DJ pirata que emitía una selección de clásicos de los sesenta combinados con información clasificada robada de los bancos de la bofia. Todo aquello llegaba flotando desde una localidad desconocida de Manchester. Gumbo YaYa era la figura del anarquista transgresor, estrictamente antiautoritario, y eso atraía a la psique de Coyote. Coyote dejó sonar la radio y encendió los faros del taxi, que recortaron dos caminos de color amarillo en el aire, iluminando un enorme y marchito roble. Coyote dio una profunda calada al cigarrillo, mirando el nuevo paquete con su mensaje FUMAR TE DA UN AIRE AUDAZ. EL ASESOR DE IMAGEN DE SU MAJESTAD. Esbozó una leve sonrisa, solo para mantener el miedo a raya, y luego volvió a mirar las nubes.

A Coyote le gustaba la lluvia. Le hacía pensar en las calles de Manchester. Y le encantaban los Napalms. Pero lo que más le gustaba era su taxi negro.

Ya no se encontraban taxis como aquel, desde que los Xtaxis habían aparecido en escena. ¡Xtaxis! Con sus vehículos superrelucientes y computerizados, con la plancha de blindaje pintada de amarillo y negro. Diseñados por contables, conducidos por retrasados. Los Xtaxis eran los Señores de la Carretera de aquella época y sobre ellos circulaban mil rumores. Los listillos callejeros que conocía Coyote le decían que la mayor parte de los rumores eran verdaderos. Por ejemplo, que a los conductores les habían borrado todo su conocimiento anterior de la vida y les habían colocado implantes robóticos con un complejo conocimiento

de la calle. Que el sistema general era regido por una nebulosa criatura taxi que se hacía llamar Columbus. Que los taxis tenían armas montadas en la parte delantera, junto a los faros. Que los conductores eran en cierto modo prescientes, sabían que buscabas un taxi incluso antes de que tú mismo lo supieras. En aquellos tiempos, si llamabas un taxi, los Xtaxis aparecían en menos de un minuto, eso estaba garantizado.

Pero Coyote no. Su taxi era una verdadera antigualla. Hostia, cómo detestaba a aquellos Xtaxistas.

Aplastó el cigarrillo en la carretera sucia. Encendió otro inmediatamente, porque de pronto estaba pensando en Boda. Boda era una Xtaxista. Coyote y ella se habían encontrado a veces en cafés de medianoche y habían hablado. Coyote tuvo que cambiar su imagen de los Xtaxistas: Boda apareció resplandeciente ante sus ojos. Era un diamante auténtico, lo que siempre había estado buscando. Su presencia lo deslumbraba, sobre todo cuando ella le compuso una canción, allí sentados en aquel café de medianoche, y el humo de su voz erizó el pelaje de Coyote en oleadas de felicidad. Charlaron hasta que se apagaron las farolas de la calle y a Coyote le pareció que la Xtaxista estaba entrando en su mente, hablándole directamente. Era como si no le quedaran secretos. Eso le hizo pensar que quizá se tratara de una chicasombra, pero no le convencía la idea de preguntarlo porque, ¿no eran los perros y las sombras enemigos acérrimos? Y en cualquier caso, ¿acaso esos conductores no tenían que vivir exclusivamente para la Colmena de Xtaxis? Entonces, ¿por qué aquel glamuroso espécimen le hablaba? ¿Y por qué las trazas de sombra llegaban a la mente de Coyote? Seguramente, los Xtaxis le habrían borrado aquellos rasgos de rebeldía. Pero él advertía el miedo en sus ojos mientras ella le hablaba, como si estuviera pecando o infringiendo algún código secreto. Así que Coyote mantuvo sus mandíbulas cerradas sobre aquella cuestión, deleitándola con sus aventuras de taxi negro. Bo-